

entusiasmo; pero éste no fué nunca regicida. Le conocía; se llamaba el señor Mabeuf, y no sé qué tendría hoy, pero era un soberbio tonto; mira su cabeza.

—Cabeza de tonto y corazón de Bruto,—respondió Enjolras.

Después elevó la voz y dijo:

—Ciudadanos: este es el ejemplo que los viejos dan á los jóvenes. Estábamos dudando, y se ha presentado; retrocedíamos, y él ha avanzado. ¡Ved ahí lo que los que tiemblan de viejos enseñan á los que tiemblan de miedo! Este anciano es augusto á los ojos de la patria: ha tenido una larga vida y una magnífica muerte. Retiremos ahora el cadáver, y que cada uno de nosotros defienda á este anciano muerto, como defendería á su padre vivo; que su presencia haga inaccesible nuestra barricada.

Un murmullo de enérgica adhesión siguió á estas palabras.

Enjolras se encorvó, levantó la cabeza del anciano y le besó con solemnidad en la frente; después, separándole los brazos y manejándole con tierna precaución, como si temiese hacerle daño, le quitó la levita, enseñó sus sangrientos agujeros y dijo:

—¡Esta será ahora nuestra bandera!

III

DONDE VERÁ EL LECTOR QUE GAVROCHE
HABRÍA HECHO MEJOR EN TOMAR LA CARABINA
DE ENJOLRAS

Cubrióse al señor Mabeuf con un viejo pañuelo negro de la viuda Hucheloup: seis hombres hicieron con sus fusiles una camilla de campaña, pusieron en ella el cadáver y le llevaron con la cabeza desnuda, con solemne lentitud, á la mesa grande de la sala baja.

Aquellos hombres, comprometidos en la sagrada y grave revolución que estaban realizando, no pensaban en su peligrosa situación.

Cuando el cadáver pasó cerca de Javert, que continuaba impasible, Enjolras dijo al espía:

—¡Y tú en seguida!

Entretanto, el pequeño Gavroche, único que no había abandonado su puesto, quedándose en observación, creía ver algunos hombres que se aproximaban como lobos á la barricada. De repente gritó:

—¡Desconfiad!

Courfeyrac, Enjolras, Juan Prouvaire, Combeferre, Joly, Bahorel y Bossuet, todos salieron en tumulto de la taberna. Apenas era ya tiempo.

Descubriase un gran espesor de bayonetas ondu-

lando por cima de la barricada. Los granaderos de la guardia municipal penetraban en ella, unos asaltando el ómnibus, otros por la cortadura, empujando al pilluelo que retrocedía sin huir.

El instante era crítico. Era aquel primer terrible minuto de la inundación, cuando el río se levanta al nivel de sus barreras y el agua empieza á filtrarse por las hendiduras de los diques. Un segundo más y la barricada estaba perdida.

Bahorel se lanzó sobre el primer guardia y le mató de un tiro á quemarropa con su carabina; el segundo mató á Bahorel de un bayonetazo. Otro había derribado á Courfeyrac que gritaba:—¡A mí! El más alto de todos, una especie de coloso, se dirigía contra Gavroche con la bayoneta calada. El pilluelo cogió en sus pequeños brazos el enorme fusil de Javert, apuntó resueltamente al gigante y dejó caer el gatillo, pero el tiro no salió. El guardia municipal dió una carcajada y levantó la bayoneta sobre el niño.

Pero antes que hubiera podido tocarle, el fusil se escapó de manos del soldado y cayó de espaldas, herido de un balazo en medio de la frente. Una segunda bala daba en medio del pecho al otro guardia que había derribado á Courfeyrac.

Era Mario que acababa de entrar en la barricada.

IV

EL BARRIL DE PÓLVORA

Mario, oculto en el recodo de la calle Mondétour, había asistido á la primera fase del combate, irresoluto y tembloroso. Sin embargo, no había podido resistir mucho tiempo ese vértigo misterioso y soberano, que se podría llamar la atracción del abismo. Ante la inminencia del peligro, ante la muerte del señor Mabeuf, fúnebre enigma, ante Bahorel muerto, ante Courfeyrac gritando:—¡A mí!, ante aquel niño amenazado, ante sus amigos á quienes debía socorrer ó vengar, se desvaneció toda vacilación y se mezcló en la pelea con sus dos pistolas en la mano. Del primer tiro salvó á Gavroche y del segundo á Courfeyrac.

A los tiros y á los gritos de los guardias heridos, la columna había subido el parapeto, en cuya cumbre se veían sobresalir á medio cuerpo y en tumulto guardias municipales, soldados de línea y guardias nacionales de las cercanías con el fusil en la mano. Cubrían ya más de los dos tercios de la barricada, pero no saltaban dentro, como si dudasen, temiendo algún lazo. Miraban á la barricada oscura como á una cueva de leones: la luz de la antorcha no ilu-

minaba más que las bayonetas, las gorras de pelo y lo alto de los rostros inquietos é irritados.

Mario no tenía ya armas, había tirado sus pistolas descargadas; pero había visto el barril de pólvora en la sala baja, cerca de la puerta.

Al volverse un poco mirando hacia este lado, le apuntó un soldado; pero en aquel momento una mano agarró el cañón del fusil, tapándole la boca; era uno que se había lanzado al fusil: el obrero del pantalón de pana. Salió el tiro, le atravesó la mano, y tal vez el cuerpo, porque cayó al suelo, sin que la bala tocase á Mario.

Todo esto sucedió en medio del humo, y fué más bien vislumbrado que visto. Mario, que entraba en la sala baja, apenas lo notó. Sin embargo, había visto confusamente aquel fusil que le apuntaba y aquella mano que le había tapado; había oído también el tiro; pero en tales momentos, todas las cosas que se ven son vacilantes y precipitadas, y nada nos detiene; todo es sombra, y aún se siente uno impulsado hacia otra sombra mayor.

Los insurgentes, sorprendidos, pero no asustados, se habían reorganizado. Enjolras había gritado:— ¡Esperad! ¡No tiréis al acaso! Porque en la primera confusión podían herirse unos á otros. La mayor parte habían subido á la ventana del primer piso y á las buhardillas, desde donde dominaban á la tropa. Los más arriesgados, con Enjolras, Courfeyrac, Juan Prouvaire y Combeferre, se habían recostado fieramente en las casas del fondo, á descubierto, y hacían frente á las filas de soldados y de guardias que coronaban la barricada.

Todo esto se hizo sin precipitación, con esa gravedad extraña y amenazadora que precede al combate. Por ambas partes se apuntaban á quemarropa: estaban tan cerca, que podían hablarse sin elevar la

voz. Cuando llegó ese momento en que va á saltar la chispa, un oficial con gola y grandes charreteras, extendió la espada y dijo:

—¡Rendid las armas!

—¡Fuego!—gritó Enjolras.

Las dos detonaciones partieron al mismo tiempo y todo desapareció en una nube de humo.

Humo acre y sofocante en que se arrastraban, dando gemidos débiles y sordos, heridos y moribundos.

Cuando se disipó el humo, se vió por ambos lados á los combatientes, en el mismo sitio, cargando sus armas en silencio.

De repente se oyó una voz tonante que gritaba:

—¡Retiraos, ó hago volar la barricada!

Todos se volvieron hacia el sitio de donde salía esta voz.

Mario había entrado en la sala baja y había cogido el barril de pólvora; después se había aprovechado del humo y de la especie de obscura niebla que llenaba el espacio cerrado, para deslizarse á lo largo de la barricada hasta el hueco de adoquines en que estaba la luz. Coger ésta, poner en su lugar el barril de pólvora, colocar la pila de adoquines sobre el barril, cuya tapa se había abierto al momento con una especie de obediencia terrible, todo esto había sido para Mario bajarse y levantarse.

En aquel momento, todos, guardias nacionales, oficiales y soldados, apelotonados en el extremo de la calle, le miraban con estupor, con el pie sobre los adoquines, la antorcha en la mano, su altivo rostro iluminado por una resolución fatal, inclinando la llama de la antorcha hacia aquel montón terrible en que se distinguía el barril de pólvora roto, y dando este grito aterrador:

—¡Retiraos, ó hago volar la barricada!

Mario en aquella barricada, después del octogenario, era la visión de la juventud revolucionaria después de la aparición de la vejez revolucionaria.

—¡Saltar la barricada!—dijo un sargento.—¡Tú saltarás también!

Mario respondió:

—Y yo también.

Y acercó la luz al barril de pólvora.

Pero ya no había nadie en el parapeto.

Los agresores, dejando sus heridos y sus muertos, se retiraban atropelladamente hacia el extremo de la calle, perdiéndose de nuevo en la obscuridad. Habíase dado el «sálvese quien pueda».

La barricada estaba libre.

FIN DE LOS VERSOS DE JUAN PROUVAIRE

Todos rodearon á Mario. Courfeyrac le abrazó

—¡Tú aquí!

—¡Qué felicidad!—dijo Combeferre.

—¡Has venido á tiempo!—dijo Bossuet.

—¡Si no es por tí, hubiera muerto!—añadió Courfeyrac.

—¡Sin vos me hubieran comido!—dijo Gavroche.

Mario preguntó:

—¿Quién es el jefe?

—Tú,—contestó Enjolras.

Mario había tenido todo el día un volcán en la cabeza; ahora tenía un torbellino que le producía el mismo efecto que si estuviese fuera de él y le arrasrase: parecía que estaba ya á una distancia inmensa de la vida. Los dos meses luminosos de amor y de alegría por que había pasado, terminaban en este horrible precipicio. Cosette perdida para él, la barricada, el señor Mabeuf dando su vida por la república, él convertido en jefe de los insurgentes; todas estas cosas le parecían una monstruosa pesadilla. Tenía que hacer un esfuerzo de voluntad para convencerse de la realidad de lo que le rodeaba. Mario había vivido aún muy poco para saber que nada es más in-

minente que lo imposible, y que lo que hay que prever siempre es lo imprevisto. Asistía á su propio drama como á una escena que no se comprende.

En aquella bruma en que estaba sumergido su pensamiento no conoció á Javert que, atado al poste, no había hecho un movimiento de cabeza durante el ataque de la barricada, y que miraba agitarse la rebelión en su derredor con la resignación de un mártir y la majestad de un juez. Mario ni aún le vió.

Mientras tanto los agresores no se movían; se les oía andar y hormigear al fin de la calle, pero no se aventuraban, ya porque estuviesen esperando órdenes, ya porque quisiesen recibir refuerzos antes de atacar aquel inaccesible reducto.

Los insurgentes habían puesto centinelas, y algunos, que eran estudiantes de medicina, curaban los heridos.

Se habían sacado todas las mesas fuera de la taberna, excepto dos, destinadas á las hilas y á los cartuchos, y otra en que estaba tendido el señor Mabeuf; se habían agregado á la barricada, y habían sido reemplazadas en la sala baja por los colchones de la cama de la tía Hucheloup y de las criadas: en estos colchones se había echado á los heridos.

En cuanto á las tres pobres criaturas que vivían en Corinto, no se sabía qué se habían hecho; por último, se las encontró ocultas en la cueva.

Una aguda emoción vino á entristecer la alegría del recobrado parapeto.

Pasóse lista y faltaba uno de los insurgentes; uno de los más queridos, uno de los más valientes: Juan Prouvaire. Le buscaron entre los heridos, no estaba; entre los muertos, no estaba; sin duda había caído prisionero.

Combeferre dijo á Enjolras:

—Nos han cogido nuestro amigo; tenemos á su agente. ¿Quieres la muerte de ese espía?

—Sí,—respondió Enjolras;—pero menos que la vida de Juan Prouvaire.

Esto pasaba en la sala baja, cerca del poste de Javert.

—Pues bien,—dijo Combeferre,—voy á atar el pañuelo á mi bastón, á presentarme como parlamentario y á ofrecerles el canje de su hombre por el nuestro.

—Escucha,—dijo Enjolras, poniendo su mano sobre el brazo de Combeferre.

Oíase al extremo de la calle un crugido de armas significativo.

Después se oyó una voz vigorosa que gritó:

—¡Viva la Francia! ¡Viva el porvenir!

Conocieron la voz de Juan Prouvaire.

Pasó un relámpago y sonó una detonación.

Volvió á suceder el silencio.

—¡Le han muerto!—exclamó Combeferre.

Enjolras miró á Javert y le dijo:

—¡Tus amigos acaban de fusilarte!

VI

LA AGONÍA DE LA MUERTE DESPUÉS DE LA AGONÍA
DE LA VIDA

Una particularidad de este género de guerra, es que el ataque de las barricadas se verifica casi siempre de frente, y, en general, los agresores se abstienen de rodear las posiciones, ya porque teman las emboscadas, ya porque teman meterse en calles tortuosas. Toda la atención de los insurrectos se dirigía, pues, á la gran barricada, que era evidentemente el punto más amenazado y donde debía empezar infaliblemente la lucha. Mario, sin embargo, pensó en la barricada pequeña; fué á ella y la encontró desierta, guardada sólo por la temblorosa lamparilla. La calle Mondétour y las encrucijadas de la Pequeña Truanderie y del Cisne estaban profundamente tranquilas.

Cuando Mario se retiraba, después de hacer su visita de inspección, oyó que le llamaban débilmente:

—¡Señor Mario!

Se estremeció, porque conoció la voz que le había llamado dos horas antes por la verja de la calle Plumet.

Sólo que esta voz parecía ahora un soplo.

Miró en su derredor y no vió á nadie.

Mario creyó que se había engañado; que aquella voz era una ilusión que su ánimo había mezclado con las realidades extraordinarias que pasaban ante sus ojos, y dió un paso para salir del profundo recodo en que estaba la barricada.

—¡Señor Mario!—repitió la voz.

Esta vez no podía dudar; la había oído claramente; miró y no vió nada.

—Estoy á vuestros piés,—dijo la voz.

Entonces se inclinó y vió en la sombra un bulto que se arrastraba hacia él: era el que hablaba.

La lamparilla le permitió distinguir una blusa, un pantalón roto de pana, unos piés descalzos y una cosa semejante á un mar de sangre. Mario entrevió un rostro pálido que se elevaba hacia él y que le dijo:

—¿Me conocéis?

—No.

—Eponina.

Mario se bajó rápidamente. Era, en efecto, aquella desgraciada muchacha: estaba vestida de hombre.

—¿Cómo estáis aquí? ¿Qué hacéis ahí?

—¡Me muero!—dijo ella.

Hay palabras é incidentes que vigorizan al hombre decaído.

Mario exclamó sobresaltado:

—¡Estáis herida! Esperad; voy á llevaros á la sala. Allí os curarán. ¿Es cosa grave? ¿Cómo he de cogeros para no haceros daño? ¿Padecéis mucho? ¡Socorro, Dios mío! Pero ¿qué habéis venido á hacer aquí?

Y trató de pasar el brazo por debajo de Eponina para levantarla.

Al levantarla encontró su mano.

Ella dió un débil grito.

—¿Os he hecho daño?—preguntó Mario.

—Un poco.

—Pero sólo os he tocado en la mano.

Eponina acercó la mano á los ojos de Mario y le enseñó en ella un agujero negro.

—¿Qué tenéis en la mano?—le preguntó.

—La tengo atravesada.

—¿Atravesada?

—Sí.

—¿De qué?

—De una bala.

—¿Cómo?

—¿No habéis visto un fusil que os estaba apuntando?

—Sí, y una mano que le tapó.

—Era la mía.

Mario se estremeció.

—¡Qué locura! ¡Pobre niña! Pero si eso no es nada; os voy á llevar á una cama y os curarán; no se muere nadie por tener una mano atravesada.

Ella murmuró:

—La bala ha atravesado la mano; pero ha salido por la espalda: es inútil que me mováis de aquí. Yo os diré cómo podéis curarme mejor que un cirujano: sentaos á mi lado, en esta piedra.

Mario obedeció; ella puso la cabeza sobre sus rodillas, y le dijo sin mirarle:

—¡Oh, qué placer! ¡Qué bien estoy! ¡Ya no padezco!

Permaneció un momento en silencio; después volvió el rostro haciendo un esfuerzo y miró á Mario.

—¿Lo sabéis, señor Mario? Me incomodaba que entráseis en aquel jardín; era una tontuna, porque precisamente yo os había enseñado la casa y, además, porque debía conocer que un joven como vos...

Aquí se detuvo; y saltando por las sombrías transiciones que tenía sin duda en su alma, añadió con una triste sonrisa:

—Os parezco fea ¿no es verdad?

Y continuó:

—¡Ya veis! ¡Estáis perdido! Ahora nadie saldrá de la barricada. Yo os he traído aquí y vais á morir; lo tenía calculado. Y, sin embargo, cuando ví que os apuntaban puse mi mano en la boca del fusil. Lo que he hecho es una maldad; pero quería morir antes que vos. Cuando recibí el balazo, me arrastré hasta aquí; no me han visto y no me han recogido. ¿Esperaba; decía:—¿No ha de venir? ¡Oh! Si supiéseis... Mordía la blusa; ¡padecía tanto! Pero ahora estoy bien... ¿Os acordáis de aquel día que entré en vuestro cuarto y me miré al espejo, y del día que os encontré en el boulevard cerca de las mujeres trabajando? ¡Cómo cantaban los pájaros! No hace mucho tiempo. Me dísteis cien sueldos y os contesté:—No quiero vuestro dinero. ¿Recogisteis la moneda? No sois rico y no me acordé de deciros que la cogieseis. Hacía un sol hermoso; no hacía frío. ¿Os acordáis, señor Mario? ¡Oh! ¡Qué feliz soy! ¡Todo el mundo va á morir!

Tenía un aspecto insensato, grave, extraviado. Por entre la blusa desabotonada se veía su cuello desnudo. Al mismo tiempo que hablaba, apoyaba la mano herida sobre el pecho, donde tenía otro agujero, del cual salía á intervalos una ola de sangre, como sale el vino de un tonel abierto.

Mario contemplaba aquella desgraciada criatura con profunda compasión.

—¡Oh!—dijo la joven de repente.—¡Me vuelve ya! ¡Me ahogo!

Cogió la blusa y la mordió: sus piernas se estiraban secamente sobre el empedrado.

En aquel momento, el grito de gallo de Gavroche resonó en la barricada. El muchacho se había subido sobre una mesa para cargar el fusil, y cantaba

alegremente esta canción, tan popular en aquella época:

Decían los gendarmes
al ver á Lafayette:
¡Huyamos! ¡Huyamos! ¡Huyamos!

Eponina se levantó y escuchó; después dijo en voz baja:

—¡Él es!

Y volviéndose hacia Mario:

—Ahí está mi hermano. No conviene que me vea, porque me regañaría.

—¿Vuestro hermano?—preguntó Mario, que estaba pensando entre los dolores más amargos en la obligación que su padre le había dejado respecto de los Thenardier.—¿Quién es vuestro hermano?

—Ese muchacho.

—¿El que canta?

—Sí.

Mario hizo un movimiento.

—¡Oh! ¡No os vayáis!—le dijo.—¡Ya no durará esto mucho!

Estaba casi sentada; pero su voz era muy débil y cortada por el hipo unas veces, por el estertor otras. Acercaba todo lo que podía su rostro al de Mario. Después de un momento dijo con extraña expresión:

—Escuchad: no quiero engañaros. Tengo en el bolsillo una carta para vos desde ayer. Me habían encargado que la echara al correo y la he guardado, porque no quería que la recibierais. ¡Pero tal vez me odiarías cuando nos veamos dentro de poco! Porque los muertos se vuelven á ver, ¿no es verdad? Tomad la carta.

Cogió convulsivamente la mano de Mario con su mano herida, aunque parecía no sentir dolor, y la

puso en el bolsillo de la blusa. Mario tocó, en efecto, un papel.

—Cogedle,—dijo ella.

Mario cogió la carta.

Entonces Eponina hizo un movimiento de satisfacción y de alegría.

—Ahora, prometedme por mis dolores...

Y se detuvo.

—¿El qué?—preguntó Mario.

—¡Prometédmelo!

—Os lo prometo.

—Prometedme darme un beso en la frente cuando muera. Le sentiré.

Su cabeza cayó entre las rodillas de Mario y cerráronse sus párpados. Él creyó que había partido ya su alma. Eponina quedó inmóvil; pero de repente, en el momento en que Mario la creía dormida para siempre, abrió lentamente los ojos, apareciendo en ellos la sombría profundidad de la muerte, y le dijo con un acento cuya dulzura parecía venir del otro mundo:

—Mirad, señor Mario, creo que estaba un poco enamorada de vos.

Trató de sonreirse y espiró.

VII

DONDE SE VE QUE GAVROCHE ERA UN PROFUNDO
CALCULADOR DE DISTANCIAS

Mario cumplió su promesa y dió un beso en aquella frente lívida, de la cual corría un sudor glacial. Aquel beso no era una infidelidad á Cosette; era un adiós pensativo y dulce á un alma desgraciada.

Mario no había podido coger sin estremecerse la carta que Eponina le había dado: había comprendido desde luego que encerraba algo grave y estaba impaciente por leerla. Así es el corazón del hombre; apenas hubo cerrado los ojos la desgraciada niña, Mario sólo pensó en desdoblar aquel papel. Separó suavemente á Eponina dejándola en el suelo y se fué. Una cosa interior le decía que no podía leer la carta delante de aquel cadáver.

Se acercó á una vela en la sala baja. La carta era un billetito doblado y cerrado con ese esmero elegante de una joven. Las señas, de letra de mujer, eran estas:

«Al señor Mario Pontmercy, en casa del señor Courfeyrac, calle de la Verrerie, número 16.»

Abrió el sobre y leyó:

«Querido mío: ¡Ay! Mi padre quiere que marchemos en seguida. Estaremos esta noche en la calle

»del Hombre Armado, núm. 7. Dentro ocho días estaremos en Inglaterra.—COSETTE.—4 de junio.»

Tal era la inocencia de estos amores, que Mario no conocía aún la letra de Cosette.

Lo que había pasado puede decirse en breves palabras. Eponina había sido causa de todo. Desde la noche del 3 de junio tuvo dos proyectos: hacer fracasar el golpe que intentaban dar su padre y los bandidos en la casa de la calle Plumet, y separar á Mario de Cosette. Había cambiado de harapos con el primer pilluelo que encontró, el cual tuvo un placer en vestirse de mujer, al mismo tiempo que Eponina se vestía de hombre. Ella era quien había dicho á Juan Valjean, en el Campo de Marzo, la expresiva frase: *Mudaos*. Juan Valjean había vuelto á su casa, y había dicho á Cosette: *Nos vamos esta noche á la calle del Hombre Armado con Santos, y la semana que viene nos iremos á Londres*.

Cosette, aterrada con este golpe imprevisto, había escrito apresuradamente dos líneas á Mario. Pero ¿cómo había de echar la carta al correo? Ella no salía sola, y Santos, extrañando tal encargo, de seguro habría enseñado la carta al señor Fauchelevent. En esta ansiedad, Cosette había visto al través de la verja á Eponina, vestida de hombre, que andaba rondando sin cesar al rededor del jardín. Cosette llamó á «aquel aprendiz» y le dió cinco francos y la carta, diciéndole:—Llévala en seguida á su destino. Eponina se guardó la carta en el bolsillo.

Al día siguiente, 5 de junio, fué á casa de Courfeyrac á preguntar por Mario, no para darle la carta, sino «para ver»; paso que comprenderá todo enamorado celoso. Allí esperó á Mario ó á Courfeyrac—sólo para ver.—Y cuando éste le dijo: *Vamos á las barricadas*, se le ocurrió de repente una idea: buscar aquella muerte, como habría buscado otra cualquier

ra, y precipitar en ella á Mario. Siguió, pues, á Courfeyrac; se informó del sitio en que construían la barricada; y como estaba segura de que Mario acudiría, lo mismo que todas las noches, á la cita, porque no había recibido la carta, fué á la calle Plumet, esperó á Mario y le dió, en nombre de sus amigos, aquel aviso para llevarle á la barricada. Contaba con la desesperación de Mario cuando no encontrase á Cosette, y no se engañaba. Volvió en seguida á la calle de la Chanvrerie, donde ya hemos visto lo que había hecho. Había muerto con esa alegría trágica, propia de los corazones celosos que arrastran en su muerte al ser amado, diciendo:—¡Nadie le poseerá!

Mario cubrió de besos la carta de Cosette. ¡Le amaba! Por un momento creyó que ya no debía morir; pero después se dijo:—Se marcha: su padre la lleva á Inglaterra y mi abuelo me niega el permiso para casarme: la fatalidad continúa la misma. Comprendió, pues, que le quedaban dos deberes que cumplir: informar á Cosette de su muerte y enviarle un supremo adiós, y salvar de la catástrofe inminente que se preparaba á aquel pobre niño, hermano de Eponina é hijo de Thenardier.

Tenía allí una cartera, la misma en que había escrito tantos pensamientos de amor para Cosette: arrancó una hoja y escribió con lápiz estas líneas:

«Nuestro casamiento es imposible. He hablado á mi abuelo y se opone: no tengo nada ni tú tampoco. He ido á tu casa y no te he encontrado: ya sabes la palabra que te dí; la cumplo: moriré. Te amo: cuando leas estas líneas mi alma estará cerca de tí sonriendo.»

No teniendo con qué cerrar la carta, dobló sólo el papel y puso estas señas:

A la señorita Cosette Fauchelevent, en casa del señor Fauchelevent, calle del Hombre Armado, núm. 7.

Doblada la carta, permaneció un momento pensativo; volvió á coger su cartera, la abrió y escribió con el mismo lápiz en la primera página estas tres líneas:

«Me llamo Mario Pontmercy. Llévese mi cadáver á casa de mi abuelo el señor Gillenormand, calle de las Hijas del Calvario, número 6, en el Marais.»

Guardó la cartera en el bolsillo de la levita y llamó á Gavroche: el pilluelo acudió á la voz de Mario con su rostro alegre y decidido.

—¿Queréis hacer una cosa por mí?

—Todo,—dijo Gavroche.—¡Dios mío! Si no hubiera sido por vos, me habrían comido.

—¿Ves esta carta?

—Sí.

—Tómala. Sal de la barricada al momento (Gavroche inquieto empezó á rascarse la oreja) y mañana por la mañana la llevarás á su destino, á la señorita Cosette, en casa del señor Fauchelevent, calle del Hombre Armado, número 7.

El heroico niño contestó:

—¡Ah, bien! Pero en este tiempo podrán tomar la barricada y yo no estaré aquí.

—No atacarán la barricada hasta el amanecer, según espero, y no será tomada hasta el medio día.

El nuevo plazo que los agresores concedían á la barricada se prolongaba en efecto: era una de esas intermitencias frecuentes en los combates nocturnos, que son siempre seguidas de un gran encarnizamiento.

—¿Y si yo llevase la carta mañana por la mañana?

—Sería tarde. La barricada será probablemente bloqueada; se cerrarán todas las calles y no podrás salir. Ve en seguida.

Gavroche no encontró nada que replicar; quedó

indeciso y rascándose la oreja tristemente. De repente, con uno de esos movimientos de pájaro que tenía, cogió la carta.

—Está bien,—dijo.

Y salió corriendo por la calle Mondétour.

Se le había ocurrido una idea que le había decidido, pero que había callado, temiendo que Mario hiciese alguna objeción. Esta idea era la siguiente:

—Apenas es media noche; la calle del Hombre Armado no está lejos; voy á llevar la carta en seguida y volveré á tiempo.

LIBRO DÉCIMO QUINTO

LA CALLE DEL HOMBRE ARMADO